

en las islas experimentó una nueva disminución por la emigración de muchas familias, atraídas con otras de diferentes comarcas del Asia por Constantino V en 755 á la capital del imperio, despoblada por la peste.

Obedeciendo el gobierno á la fuerza de las circunstancias, no quiso molestar á la poblacion eslava en las provincias, genuinamente griegas hasta entonces, mientras los invasores reconociesen y acatasen la autoridad imperial. Y en efecto la acataron, sobre todo cuando Constantino V hizo sentir la fuerza de las armas bizantinas á los búlgaros del Norte, y cuando para mayor seguridad del imperio contra las invasiones asoladoras de estos pueblos bárbaros, fortificó todas las ciudades y desfiladeros en las provincias fronterizas del Danubio y en los Balcanes, y estableció además colonos armenios y siriacos en los temas ó circunscripciones militares de la Tracia.

Todo esto excitó el furor de los búlgaros. Su khan Cormisoch, hombre salvaje y feroz, de la familia Uquil, que habia usurpado el mando, despues de expulsar de él y de exterminar á la antigua dinastía duloidea, resolvió hacer la guerra al imperio; y en 755 pasó los Balcanes con un inmenso ejército eslavo-búlgaro marchando directamente sobre Constantinopla. Trabajo y sangre costó rechazar las feroces huestes hacia el Norte; pero volvieron y en 757 vióse Salónica cercada por mar y tierra por las hordas búlgaras y otras esclavas acantonadas ya en la Tracia y Macedonia, que nunca habian cesado de ejercer sus piraterías en el Mar Egeo. Salvóse la opulenta capital de Macedonia con la oportuna llegada del almirante Sisinio, que acudió desde la isla de Sciato y destruyó la escuadra eslava.

En el año 758 pudo por fin dirigirse el emperador Constantino V contra estas hordas. En este año derrotó á los esclavos de la cuenca del rio Estrimon y los trasladó en masa al Asia Menor. Hecho esto, dirigióse contra los búlgaros para escarmentarlos dentro de su propio territorio. La primera campaña fué desgraciada, porque el ejército bizantino mandado por el emperador salió completamente derrotado de las gargantas de Beregava, no lejos del mar entre Anquialos y Varna en el año 759; pero no por esto se acobardó Constantino, y habiendo estallado entre los enemigos grandes diferencias, la disciplina y la pericia militares de los bizantinos recobraron su superioridad. Al año siguiente el emperador penetró con su ejército en el país enemigo. Esta fué la señal para las tribus eslavonas de abandonar el partido de los búlgaros, y solo en el año 762, segun dicen los autores, 208,000 individuos pasaron el Mar Negro para establecerse bajo el amparo del gobierno en la Bitinia. En 763 fué derrotado y casi exterminado con su hueste cerca de Anquialos el jóven khan búlgaro Telech de la familia Ugain. Los bizantinos mancharon esta gran victoria con actos de crueldad que hasta en aquella época de feroz barbarie estremecieron á los habitantes de la capital, tan acostumbrados á escenas de sangre y de ensañamiento bestial, y que dan una idea de la inhumanidad feroz que iba asociada á la civilización mas adelantada. Se habian unido á los búlgaros bandas de súbditos bizantinos formadas en un principio por gente á quien la desesperacion, el hambre y la miseria habian hecho bandidos sumamente feroces y peligrosos en el período de anarquía que precedió al reinado de Leon III. El exterminio de estas fieras que acababan de saquear y destruir lo que los búlgaros habian dejado, fué llevado á cabo junto con la represion y escarmiento de estos últimos. Los prisioneros fueron degollados, y un jefe de partida que habia sido sacrificada á la vista de los habitantes de la capital fué disecado vivo por los cirujanos con todas las reglas del arte griego despues de haberle cortado á hachazos los piés y manos.

Esta guerra búlgara quedó paralizada en el año 766 por la pérdida de una gran parte de la escuadra, destinada á atacar el país de los búlgaros por el lado de las bocas del Danubio, y sorprendida cerca de Mesembria por uno de los temporales tan temidos del Mar Negro. Este contratiempo no conmovió ya la posición firmísima que el poder bizantino habia reconquistado tanto en Europa como en el Asia Anterior. Solo en Italia, donde operó con perseverancia y valor el hijo del difunto Leon III, habian sido desgraciadas las armas bizantinas. Allí quedó instalado firmemente el creciente poder de los longobardos, y un nuevo pueblo destinado á formar un gran imperio puso el pié en la hermosa península, cuya reconquista habia sido uno de los timbres mas gloriosos de Justiniano I. Este pueblo fué el de los francos. En el Norte sosteníanse los bizantinos todavía en Rávena, y en Roma habian conservado un resto de influencia gracias á la política del papa Zacarías. Pero en el año 751 el esforzado rey de los longobardos, Aistulfo, que gobernó su pueblo desde 749 hasta 756, consiguió apoderarse de Rávena por un golpe de mano, con lo cual quedó para siempre separada del imperio toda la Italia septentrional y central hasta el Monte Gárgano, y los gobernadores generales bizantinos tuvieron que fijar en adelante su residencia en Nápoles ó Siracusa. Habiendo muerto el papa Zacarías que ocupó la silla de San Pedro desde el año 741 hasta 752, su sucesor Estéban III, temiendo la ambicion del rey longobardo que queria tomar tambien á Roma, solicitó el auxilio de los francos, pueblo de origen germánico. Los francos, conducidos por el esforzado Carlos Martel, habian detenido la inmensa oleada árabe cuando atravesó los Pirineos y se extendió por una parte de la Francia meridional, en el tiempo en que el emperador bizantino Leon III estaba batallando con los musulmanes en Asia. El hijo de Carlos Martel, Pipino, varon no menos eminente que su padre y que en el año 741 habia sido proclamado formalmente rey de los francos en lugar del último merovingio, fué invitado por el papa á protegerle y defender la ciudad de Roma, contra los longobardos por un lado, y contra los impíos y herejes bizantinos por otro. Esto sucedia cabalmente en el año 754, cuando en el Oriente habia llegado á su mayor furor la lucha contra el culto de las imágenes. Entonces se hizo la firmísima alianza entre el papado y el imperio de los francos, alianza que fué tan trascendental para el Occidente.

Un genio como Constantino Coprónimo ciertamente debió de comprender la inmensa importancia de los grandes sucesos ocurridos en la península apenínica; pero no estaba en situacion de mezclarse ni de tomar una parte activa y enérgica en ellos. Así cuando el rey Pipino, despues de vencer á los longobardos en los años 754 y 756, no solamente no quiso atender á las reclamaciones de Constantinopla que pedia la restitucion de los territorios reconquistados, sino que muy al contrario labró con ellos los cimientos del poder temporal de la Iglesia, se vió claramente, que la nueva potencia franca habia de ser adversaria mortal del imperio de Oriente. En efecto, cuando en el año 774 se entabló la lucha á muerte entre Carlo-Magno y Desiderio, el último rey longobardo, el hijo de este, Adelquis, despues de la pérdida de Verona, buscó asilo y auxilio en Constantinopla contra el emperador franco, bien que en vano, porque este último procedió con tanta energía, que la guerra quedó concluida antes de que ningun auxilio extranjero hubiese tenido tiempo de acudir. Por otra parte tampoco debió de estar Constantino V dispuesto á entrar en semejante empresa, porque en el mismo año 774 habia empezado una nueva campaña enérgica contra los búlgaros con un ejército de 80,000 hombres y una

escuadra imponente. El Khan de los búlgaros era entonces Cerig y Telerig. Pero á fines del verano del año siguiente cayó gravemente enfermo Constantino Coprónimo al regresar á Constantinopla, al pié de cuyos muros á bordo de su buque exhaló su último suspiro en 23 de setiembre de 775.

Mucho tiempo pasó antes de que el imperio bizantino tuviese la suerte de ser gobernado por un genio tan consecuente y enérgico, y durante decenios se sostuvo solamente gracias á la posición, recursos, organización y fama que le habian legado el emperador difunto y su padre Leon III. Los búlgaros no solamente estaban escarmentados para mucho tiempo, sino que se habian acostumbrado á mirar á la corte bizantina como el centro de donde emanaban toda majestad y poder. Por esto dirigióse allí el Khan Cerig cuando vió amenazada su posición entre los suyos, en busca de apoyo y de autoridad, dos años despues de la muerte de Constantino. Dejóse bautizar y recibió el título y categoría de patricio del imperio, equivalente á Alteza, juntamente con la mano de una princesa imperial. Los emperadores bizantinos que eran hijos del Asia Menor no tenian preocupaciones de razas, ni para elegir esposa ni para casar sus hijas. Así el difunto Constantino V Coprónimo se habia casado con Irene, hija del Khakan ó gran Khan de los cazares que se extendian entonces desde las bocas del Danubio hasta el Dniester y el interior de Crimea; y el ser hijo de una mujer de aquella raza en nada perjudicó á los ojos de los bizantinos al sucesor de Constantino V, Leon IV, que sucedió á su padre á la edad de 25 años. Tenia Leon IV un natural mucho menos despótico y rudo que Constantino, pero aunque no usó la dureza de su padre y de su abuelo con los partidarios del culto de las imágenes, no por eso dejó de continuar en este punto la misma política de sus predecesores. Por desgracia no gobernó mucho tiempo; siempre enfermizo, murió el 8 de setiembre de 780, y con su prematura muerte empezó uno de los períodos mas infaustos de la historia del imperio. Su hijo Constantino VI apenas contaba diez años, por lo cual quedó encargada de la regencia hasta su mayor edad, su madre, que como su abuela se llamaba Irene. Era la emperatriz regente de raza griega pura, hija de una familia poderosa de Atenas, bellísima, dotada de raro talento é ingenio, pero por desgracia para el imperio y para su dinastía, tambien desmesuradamente ambiciosa, apasionada y atrevida. Su sed de mando la impulsó fatalmente á cometer actos despóticos cada vez mas brutales y finalmente á iniquidades horrorosas. Hasta en aquel imperio y en aquella corte, tan acostumbrados á ser gobernados despóticamente, se conoció muy pronto hasta dónde una mujer puede extremar las cosas y abusar del mando supremo.

En vista de las intrigas que originó en la corte su divergencia con los hermanos de su difunto esposo, tomó la regente desde luego su partido, asegurándose el apoyo de los iconódulos, tanto mas cuanto que ella misma por ser mujer y griega, era adepta celosa del culto de las imágenes. Con esto entró la lucha entre iconoclastas é iconódulos en una nueva faz. Para organizar la reacción contra los iconoclastas, victoriosos hasta entonces, unió Irene á su astucia y sagacidad de mujer, y á su profundo conocimiento del corazón humano, la política sutil é intrigante tan perfeccionada en aquella corte, y la sutileza y flexibilidad de sus consejeros clericales. Empezó por templar gradualmente y con precaucion admirable el excesivo rigor de las leyes contra el culto prohibido. Luego consiguió hacer renunciar en 784 su puesto al patriarca Pablo de Chipre, enemigo fanático de las imágenes, y poner en su lugar con el asentimiento de una gran parte de la clase media de la capital á Tarasio, jefe ó presidente á la sazón del gabinete imperial, hombre de estir-

pe ilustre, de conducta intachable, político experto y enérgico, bien quisto en la capital, y dispuesto á secundar la política eclesiástica de la regente. Decidióse entonces convocar un nuevo concilio ecuménico, para revocar y anular solemnemente las resoluciones del de Hieron, y restablecer el culto de las imágenes, bien que dentro de ciertos límites. Sin embargo, el espíritu contrario reinaba todavía en los veteranos del ejército y sobre todo en los batallones de la guardia imperial ó tropas de preferencia, todos fieles á los principios de los últimos emperadores. Estas tropas al primer indicio de reacción tomaron una actitud amenazadora y enérgica; y siendo además en general la opinión pública en Constantinopla, poco propicia á los intentos de la emperatriz, aconsejada esta por el nuevo patriarca, aplazó la ejecución de su empresa, prefiriendo trabajar dos años mas para preparar mejor el terreno. Cuando todo estuvo á punto, distribuyó las tropas veteranas en diferentes provincias; una parte fué licenciada y en cambio hizo formar nuevos cuerpos de individuos adictos para guarnecer la capital. En el mes de setiembre de 787 reunióse por fin en Nicea el nuevo concilio, tan hábilmente compuesto que entre sus 367 miembros, pasaban de 130 los monjes y abades que en el reinado de Constantino V Coprónimo, esposo de Irene, habian tenido que abandonar sus monasterios. El resto se componia en su mayor parte de personas partidarias mas ó menos fervientes del culto de las imágenes; de otras indolentes, tolerantes ó flexibles, y de obispos que se sabia cederian á la menor presión antes que exponerse á perder sus sillars episcopales. Tambien formaron parte de esta asamblea tres historiadores notables de aquella época; á saber, Nicéforo que despues, desde 806 hasta 815 ocupó la silla patriarcal; Jorge Sincelo (coadyutor) del patriarca Tarasio, y Teofanes su amigo. Por lo demás para declararse general ó ecuménico no habria tenido este concilio derecho ninguno á no ser por la presencia de los legados del papa Adriano I y de dos monjes de Palestina, que bastaron para salvar las apariencias, porque se consideró á los dos últimos como representantes de los patriarcados de Oriente. Constituida así la asamblea, no hubo division de pareceres: los patriarcas Anastasio, Constantino y Nicetas fueron con otros iconoclastas anatematizados, así como toda persona que siguiera acatando en adelante las resoluciones del concilio de Hieron, que fué declarado herético. Tambien se decidió que además de la cruz serian objetos de veneracion las imágenes del Salvador, de la Virgen, de los ángeles y de los santos, representadas en cuadros, mosaicos, ó vasos sagrados, y las bordadas en las ropas, paños y alfombras dedicados á las ceremonias del culto; solo que esta veneracion manifestada con besos y prosternaciones, ó sea la dulía, no debia confundirse con la adoracion, que correspondia únicamente á Dios. En cambio no hizo caso alguno este concilio de la reclamacion del papa, que por sus legados pedia la restitucion de las provincias que el emperador Leon III habia quitado á la Iglesia.

Conseguidas estas resoluciones, que Tarasio consideró conciliadoras, atendidas las exageraciones del partido iconoclasta, trabajó la emperatriz para excluir á su hijo del trono y ser soberana absoluta; ambicion que se fué haciendo mas viva á medida que su hijo, cuya educacion descuidó por esto mismo, iba entrando en años. Irene se complacia en confundir sus caprichos personales con los intereses del imperio, y aun á veces en sobreponerlos á estos. Así por ejemplo confió los mejores puestos en el ejército á sus favoritos y protegidos, postergando á los generales encanecidos en el servicio de su suegro.

Las consecuencias de semejante conducta no se hicieron esperar, traduciéndose en sensibles derrotas y menguas para

el imperio. Por lo pronto tomó un carácter mas grave desde el año 780 la guerra crónica en la frontera oriental contra los califas abasidas; y se hizo peligrosísima y amenazadora cuando en el mismo año se puso á la cabeza de las huestes musulmanas el príncipe Harun, el arrojado y célebre hijo del califa Almahdí-Mohamed que reinó desde 775 hasta 785, como sucesor de su padre el-Mansur. Complicóse la situación al año siguiente con el descubrimiento y castigo de una conjuración peligrosa en la residencia del gobernador Heliplido de Sicilia. Heliplido quedó pronto vencido y se refugió en el territorio mahometano.

Aprovechando Harun estas circunstancias organizó una nueva expedición de conquista contra el imperio, en 782, con un ejército de 100,000 hombres, y acompañado de los príncipes Rabia y Yahia, de la antigua y célebre familia persa de los Barmecidas, atravesó toda el Asia Menor hasta Crisópolis enfrente de Constantinopla. No hizo ninguna conquista territorial permanente ni entonces ni despues cuando subió al trono de los califas; pero devastó y saqueó todo el país, llevándose gran número de prisioneros, que fueron vendidos como esclavos en los mercados de Oriente. Irene se vió obligada á solicitar la paz, y en 783 le fué concedida, en forma de tregua de tres años, y bajo condiciones humillantes, entre otras el pago de un tributo anual de 80,000 monedas de oro que habia de entregar en Bagdad.

Tambien aprovecharon las tribus eslavas establecidas en Grecia el apuro en que se hallaba el gobierno imperial para hacerse independientes del mismo, y atacar varias ciudades. La sangre helénica que corria por las venas de la regente se encendió de indignación al ver su patria en manos de un pueblo bárbaro; y al punto, en el mismo año 783 envió contra él á su favorito el patrio Stauracio; pero la campaña no fué en realidad mas que un reconocimiento en grande escala. En ninguna parte resistieron los bárbaros á las tropas imperiales si es que les hicieron cara. Tambien fué socorrida en esta campaña Atenas y puesta al abrigo de un golpe de mano, y muchos jefes eslavones hasta el istmo de Corinto volvieron á reconocer la soberanía del gobierno imperial; pero las tentativas de someter las tribus del interior del Peloponeso, tan accidentado y escabroso, resultaron ineficaces, ni se repitieron ya en vida de esta emperatriz, porque otros conflictos interiores que provocó no le dejaron tiempo para ello.

Concluida ya la lucha religiosa por la cuestion de las imágenes, Irene en su ciega ambición juzgó conveniente en 788 anular los esponsales pactados en 781 con el gran emperador Carlo Magno, entre su hijo Constantino y Rotruda, hija del rey franco, todo para evitar que Constantino cuando llegase á la mayor edad, ciñera la diadema de perlas y se sentara en el trono de Constantinopla con el auxilio de su poderoso suegro. Este ultraje, unido á los consejos de la curia romana, enemiga mortal del gobierno bizantino, hizo irremediable la ruptura entre este y la corte de Aquisgran. Constantino sin embargo rechazó las novias que su madre le fué proponiendo, bien que le casó finalmente á la fuerza con una de ellas. Al año siguiente, en 789, descubrió la regente una conjuración de amigos de su hijo pertenecientes á las familias mas distinguidas, que se propusieron proclamar á Constantino emperador y hacer dimitir á su madre. La indignación de Irene fué grandísima; tanto que castigó á Constantino con su propia mano y le tuvo arrestado en palacio; pero al saberlo el ejército estacionado en Asia, pronuncióse en favor del príncipe contra el gobierno de su madre, la cual tuvo que dimitir con sus ministros. Su hijo, proclamado emperador, gobernó con el nombre de Constantino VI desde 790 hasta 797, aunque sin gran beneficio para el imperio.

Constantino VI habia heredado de sus mayores el valor personal y la actividad, pero no sus grandes talentos de gobierno. Mandó varias expediciones distinguiéndose en todas por las cualidades citadas. En el año 788 Fardam, Khan de los búlgaros, hizo la guerra al imperio y derrotó al ejército bizantino junto al rio Estrimon. Despues de esta derrota, el jóven emperador en 791 tomó el mando de las tropas, y sostuvo el honor de las armas y la supremacía del imperio en muchas batallas, principalmente en el año 796, á pesar de una gran derrota que sufrió en el mes de julio de 792, en la cual murieron muchos de los mejores generales veteranos, entre ellos el temido Miguel Lacanodracon. Tampoco obtuvieron en este reinado ventaja alguna sobre las fuerzas terrestres bizantinas las huestes del impetuoso califa Harun-al-Raschid, que reinó desde el año 786 hasta 809. La escuadra mahometana en cambio consiguió una victoria naval en 792 en el golfo de Atalia sobre la bizantina. Este sultan, injustamente celebrado por poetas y aun historiadores, cometió entonces entre otras muchas acciones viles é inicuas la de hacer matar al almirante griego Teófilo, que habia caído prisionero, porque noble y consecuente se negó á convertirse al islam y á entrar al servicio del califa.

Constantino, falto de talento para gobernar, tuvo tambien la desgracia de mostrarse cruel, versátil, y brutalmente ingrato para con sus partidarios mas fieles. Esto se vió palpablemente cuando las intrigas de Irene, desde 792 le devolvieron sobre él la mayor parte de su antigua influencia. Pero Irene en el fondo de su alma solo pensaba en vengarse de la humillación que habia sufrido, y satisfacer su orgullo, sin que entraran para nada en sus acciones los sentimientos de madre. Así vió con indiferencia que el emperador se divorciara de la esposa que le habia impuesto, y le permitió casarse con una de sus damas, dejando que diera la bendición nupcial al nuevo matrimonio el patriarca Tarasio. Contra semejante infracción del órden y disciplina eclesiásticos levantóse, como habia calculado Irene, todo el clero monacal, en aquel tiempo muy rígido, muy ascético y muy influyente. A la cabeza de los protestantes se pusieron Platon, abad del monasterio Sacudion al pié del Olimpo bitinio, y su docto sobrino Teodoro, pariente por lo demás de la nueva emperatriz, y despues abad del célebre monasterio Studion en Constantinopla, donde adquirió grandísima fama. Las censuras amargas de estos varones desacreditaron mucho á Tarasio y al emperador á los ojos del pueblo, é indignaron tanto á Constantino VI, que entre otras medidas iracundas desterró á Teodoro á Salónica, con lo cual solo consiguió hacerse mas impopular, y fué como su abuelo para el pueblo un segundo Coprónimo. Para mayor desgracia tuvo la torpeza de indisponerse con su guardia armenia, á la cual trasladó de la capital á otros puntos. Esta medida fué muy del gusto de su vengativa madre Irene, la cual trabajando en secreto, pasó á paso fué atrayendo á su partido á los mismos confidentes de su hijo, que juzgaron prudente ponerse en buen lugar con una mujer que en un momento dado podia volver á dirigir los destinos del país. Organizada ya la conspiración, fué delatada al emperador; pero Constantino en lugar de adoptar medidas enérgicas para asegurar su posición, solo pensó en salvar su vida, y abandonó la capital. No tardó en caer en manos de los agentes de su madre, la cual mandó privarle de la vista, operación que con crueldad y ensañamiento desusados hasta en aquella corte se llevó á cabo el 19 de agosto de 797 en la misma sala, llamada de pórfido, del palacio imperial, donde su madre desnaturalizada le habia dado á luz.

Irene habia conseguido su objeto y fué proclamada emperatriz; pero solo gozó cinco años el fruto de sus intrigas y crímenes. El horizonte político se oscureció cada vez mas;

las escuadras mahometanas llegaron saqueando los distritos marítimos hasta Efeso, y los consejeros de Irene no encontraron mas remedio que comprar la paz á precio de oro (797) y darse por contentos de estipular el canje de los prisioneros de guerra, y un precio módico para el rescate de los sobrantes que tenia en su poder el califa Harun-al-Raschid.

En 802 ocupó el trono búlgaro el terrible Khan Crum, guerrero cruel y enérgico, que aprovechó la destrucción del poder de los avaros por Carlo-Magno en 796, para conquistar los territorios ocupados por los búlgaros en las orillas del Danubio y en la Valaquia, además de una gran parte de la Hungría oriental, duplicando el ya considerable poder de su pueblo. Mas que esto debió de herir el orgullo bizantino la fundación del gran imperio occidental de Carlo-Magno á últimos del año 800, aunque por el momento poco perjuicio causó á los intereses materiales de Constantinopla la coronación aparatosa de aquel monarca franco en Roma, pues en el fondo no fué mas que una ceremonia que señaló el principio de un nuevo período en la historia de Occidente. Sin embargo, el nuevo estado de cosas al otro lado del Adriático, que la corte de Constantinopla aceptó por no poder impedirlo, pero que jamás reconoció formalmente, significaba la amarga verdad de que los pretendidos derechos de los emperadores de Oriente sobre las provincias del Occidente habian caducado para siempre; que la Sede romana se habia hecho potencia política con pretensiones de dominio universal, y que habia entrado formalmente en escena la monarquía de los francos, mas robusta é imponente que en tiempo de Carlos Martel y aun del rey Pipino, y cuyos intereses se habian de rozar muy seriamente con los bizantinos en diferentes puntos. Por de pronto pocas consecuencias políticas tuvo esta simulada renovación del antiguo imperio romano; en el Occidente por la incapacidad de los sucesores de Carlo-Magno, y en el Oriente por las luchas con los búlgaros y los ataques permanentes de los árabes. El rompimiento del Oriente bizantino con el Occidente latino fué obra de las diferencias eclesiásticas que surgieron entre ambos extremos del antiguo imperio romano, despues de haberse apagado el ardor suscitado por la cuestion del culto de las imágenes. La obra de restauración religiosa de la emperatriz Irene no terminó la contienda, antes volvió á encenderse despues de su destronamiento.

La corte de Irene, donde reinaba un lujo indescriptible, fué el teatro de continuas intrigas personales, principalmente entre los eunucos poderosos que ocupaban en ella los primeros puestos, y se odiaban mutuamente de muerte. Urdiéronse varias conspiraciones sin resultado contra la misma emperatriz, hasta que el primer tesoro Nicéforo supo trabajar con tanta prudencia y sutileza, que su conspiración, en la cual estaban complicados hasta parientes de la emperatriz, estalló en 31 de octubre de 802 con éxito completo. Irene fué destronada y conducida á un convento fundado por ella misma en la isla del Príncipe en el mar de Mármara, y trasladada de allí al poco tiempo á la isla de Lesbos, donde murió pobre y afligida el 9 de agosto del año siguiente, á los nueve meses de su destronamiento.

Una estatua de bronce que en su honor habia erigido su hijo en el hipódromo de Constantinopla recordó al pueblo de la capital durante largos años las facciones de aquella ambiciosa y desnaturalizada madre; la Iglesia ortodoxa sin embargo, acordándose solamente de que á ella debió el culto de las imágenes su victoria definitiva, la admitió en el número de sus santos.

Así concluyó la dinastía fundada por Leon el Isaurio; y pasó mucho tiempo, antes de que una nueva dinastía consiguiese afirmarse en el trono de Constantinopla.

El nuevo emperador, Nicéforo, era natural de la ciudad de Seleucia en la provincia de Pisidia en el Asia Menor, y descendiente de una familia árabe de Gasan que habia sido antiguamente cristiana y sus miembros varones jefes de su tribu. Los historiadores bizantinos le pintan como hombre entregado á los vicios y á la crápula; pero lo que mas vituperan es, que no contento con abrumar al país de impuestos, extendió la contribución territorial á los bienes eclesiásticos, atendido el creciente y rápido aumento de iglesias y monasterios; y segun las exigencias del momento hasta alojó tropas en estos últimos. En las cuestiones eclesiásticas siguió una política imparcial y tolerante que hizo extensiva hasta á los paulicianos.

En la política exterior fué prudente y feliz. Desde la ruptura súbita é imprevista de Irene con Carlo-Magno en 788 el rey franco habia ocupado la Istria y la Croacia dalmata: Nicéforo entró en negociaciones con él y en 803 pudo firmarse la paz entre ambos imperios en Königshofen, renunciando el gobierno bizantino definitivamente á Roma y á la Italia central, y Carlos reconoció en cambio como territorios bizantinos la Italia meridional, Venecia y la costa de Dalmacia. Sin embargo, dos años despues los habitantes de Venecia y de Zara se pasaron á los francos originando una guerra (806) que por parte de Constantinopla se hizo principalmente por mar en aquella parte del Adriático con tan notoria superioridad, que Carlo-Magno, ya de edad proveya, renunció á sus planes de conquista en territorio bizantino. En 810 y en su corte de Aquisgran entabló con el embajador bizantino Arsafo negociaciones para un tratado de paz, que fué ratificado en 812, despues de haberse acordado definitivamente en Constantinopla á donde con este objeto habia mandado Carlos una embajada presidida por el obispo Haito de Basilea. La paz ratificada, que reconoció las mismas fronteras que la del año 803, fué llevada á Aquisgran por una embajada bizantina enviada por Miguel I que entre tanto habia sucedido á Nicéforo. En Aquisgran saludaron al emperador dándole el título de rey (basileus), y convinieron en que la ciudad de Venecia pagaria al tesoro franco un tributo en cambio del derecho de comerciar libremente en el imperio de Carlo-Magno.

Con los califas no fué tan afortunado el emperador Nicéforo. Se negó á continuar pagando el tributo estipulado con Irene; y Harun-al-Raschid contestó invadiendo el territorio bizantino; pero como la pericia militar de Nicéforo no igualaba á su resolución, quedó el imperio peor parado que antes; el ejército sufrió una gran derrota en 804 cerca de Craso en la Frigia; en 806 tomaron los árabes la ciudad de Tiane, y la de Heraclea junto al Monte Tauro, y destruyeron á Ancira; y cuando en 807 devastaron las islas de Chipre y Rodas, Nicéforo tuvo que aceptar una paz humillante que impuso al imperio nuevos y pesados tributos para el soberano de Bagdad.

Grandes trabajos y tribulaciones causaron tambien á este emperador los eslavos y búlgaros.

Los eslavos establecidos en la Morea ó sea en el Peloponeso, habian ido lentamente comprendiendo su importancia y su fuerza no menos que la situación angustiosa del imperio, y finalmente les ocurrió una idea política, á saber: la de quedarse con toda la península griega para sí, arrojando de ella á los griegos despues de haberse apoderado de aquellas ciudades marítimas que formaban un círculo de hierro destinado á contener á los bárbaros. Cada plaza fortificada era una base de operaciones para las fuerzas griegas, disciplinadas, bien armadas y bien dirigidas. Sin embargo los eslavos embistieron con una hueste formidable la plaza de Patras en la Acaja en 807 ó acaso dos años antes, auxiliados del lado